

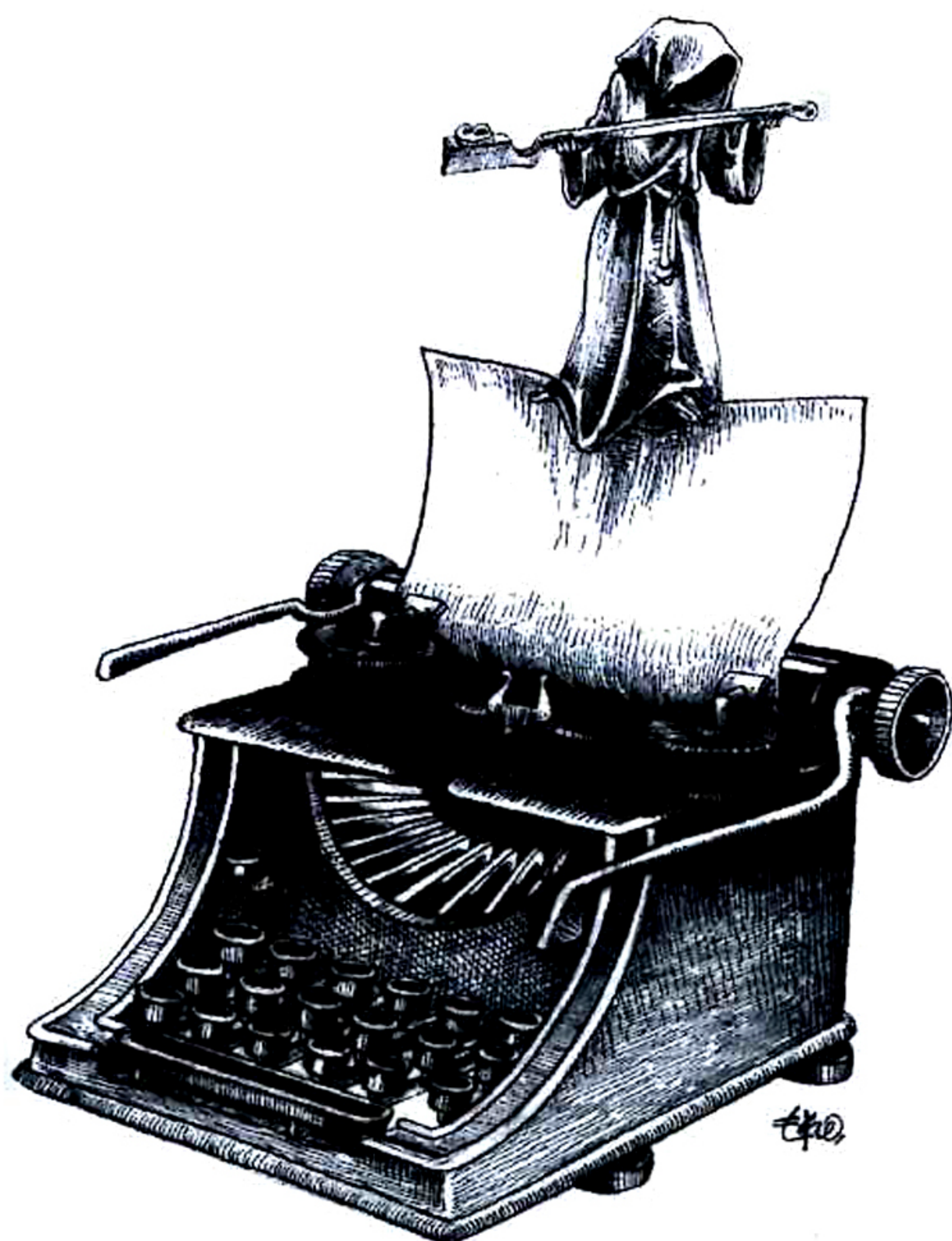
colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

El Santo Oficio

Periodismo, literatura y cultura popular

José Luis Martínez S.

PRÓLOGO DE FERNANDO SOLANA OLIVARES





José Luis Martínez S. (ciudad de México, 1955) es director del suplemento cultural *Laberinto* de *Milenio Diario*. Desde 1979 ha escrito sobre música, literatura y la noche en periódicos y revistas nacionales. En 1986 comenzó a publicar su columna “El Santo Oficio” en la revista *Diva*; actualmente lo hace en el suplemento *Milenio Dominical*. Fue editor en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Es coautor de los libros *De la región al mundo* (Gobierno del Estado de México, 2005) y *País de muertos* (Debate, 2011), y autor de *La vieja guardia. Protagonistas del periodismo mexicano* (Mondadori, 2005). Ha sido docente en la Facultad de Estudios Profesionales Aragón de la UNAM y en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García; también ha impartido talleres de crónica, reportaje y periodismo cultural en diferentes ciudades del país. Estudió periodismo en la UNAM y administración de la educación en la Universidad de Lima.

Marilyn Monroe: la flor exótica	346
Woody Allen: un viejo sabio	348
Bergman y Antonioni: <i>Más allá de las nubes</i>	349
Rafael Azcona: <i>La lengua de las mariposas</i>	351
Roger Vadim: el gran seductor del cine francés	353

La santidad del oficio

Una paradoja cardinal impregna este libro de género tan específico que llega a ser múltiple, de tema tan determinado y concreto que resulta ecuménico y general. Proviene del mundo paralelo del periodismo, de aquella cofradía humana regida por leyes y costumbres propias, plena de vocaciones existenciales cuya singularidad biográfica es una mera reiteración de la indispensable extravagancia gremial.

Quien lo escribe se define a sí mismo como un monje cartujo, un renunciante voluntario al espacio sensible, el cual, sin embargo, consigna desde tal distancia supuesta y mediante un Santo Oficio inquisitorial, artificios retóricos que le sirven para lograr sus paradójicos y brillantes contrarios: el apartamiento como una cercanía somática ante lo contado, la santificación del oficio periodístico mismo como un reconocimiento de su insustituible valor civilizacional, la ironía como una función básica para la inteligencia recolectora que así recuerda y percibe, compara y provee.

José Luis Martínez S., el proteico autor de esta ya legendaria columna periodística cuya selección por primera vez se reúne aquí en un volumen, ha pormenorizado en ella el registro de una época transcurrida y también la memoria nostálgica de un oficio y sus oficiantes ahora en irreparable transformación tecnológica y acaso conceptual. Cualquier historia de las mentalidades podría nutrirse de esta bitácora de sorpresas y admiraciones, de reconocimientos y semblanzas, de declaraciones y testimonios,

para escudriñar un campo semántico múltiple, un horizonte intelectual vinculatorio y reflejante.

Pensar, diría la tradición pietista, es invariablemente agradecer. Escribir como lo hace José Luis Martínez S. también, pues la memoria significa aquella función de la conciencia que se sabe integrante de lo humano: el ser, afirmaría el filósofo griego, está cifrado en lo que conoce, y mientras más conoce más logra ser. Con dicho talante, ejercicios mayúsculos de la pertenencia, este libro se divide en tres apartados: periodismo, entre libros y autores y cultura popular, entendidos como manifestaciones diferenciadas e indelebles de una sola realidad.

El primero de ellos, "Periodismo: la tinta y la imagen", concentra la fiel membresía a un meritorio linaje descrito por Francisco Umbral, uno más de los muertos inolvidables que José Luis Martínez S. rememora cumpliendo la atávica sentencia de la cultura como un diálogo entre los vivos y los muertos: "El periodismo, pues, nace como género literario —siempre lo ha sido— y mantiene a los ciudadanos avisados, a las putas advertidas y al gobierno inquieto".

Renato Leduc (hablar de él "es darle coscorrónes a la solemnidad y a la tristeza", anota el cartujo), José Alvarado ("murmullos de otros tiempos, historias, anécdotas y recuerdos de lugares y personajes cuyo anacronismo los vuelve acaso más entrañables"), Juan Rejano ("amable y enérgico, comprensivo y riguroso con los jóvenes, ameno como sus 'Cuadernillos de señales', la columna donde abordaba los más diversos temas"), Fernando Benítez ("en esta época de disparates y confusiones se extraña a los maestros, exigentes y con el humor como navaja de afeitar"), Huberto Batis ("no necesitábamos enemigos, nos quemábamos solos"), Francisco Martínez de la Vega ("no creerse el poseedor de la verdad ni el más honrado del país y todas esas expresiones de vanidad que son realmente insustanciales"), o Ryszard Kapuscinski ("el principal peligro es la rutina; el periodismo es un acto de creación"), entre otros consagrados o aun sencillos nombres de la adictiva pasión insomne y a veces correspondida que vive todo periodista de

cepa, aparecen en este libro mediante veloces trazos prosísticos que en su vértigo componen una galería de magisterios ejemplares, de vidas inolvidables, de genealogías vigentes: la vieja guardia —título de un libro del mismo José Luis Martínez S. editado en 2005— inventariada por quien vive el presente como una continuidad activa entre el hoy y el ayer, buscando en ese vínculo las lecciones canónicas de vigencia intemporal, la alta cognición de lo inmediato vuelto trascendente porque el milagro de la mirada que comprende está aquí, entre lo diario, en lo meramente común. O también la nueva guardia periodística, la mención de aquellos artífices contemporáneos que integran el denso tapiz gremial.

Todo reportero de verdad —establece José Alvarado, citado por el memorioso cartujo— aspira alegría en los olores de las cosas y cree en la armonía de los seres. Todos los objetos poseen brillo ante sus ojos y en cada hecho se adivina un mensaje y un sentido. Todo se torna inteligible y conduce a la emoción. No existen los reporteros ciegos, ni los reporteros sordos.

Tales iluminaciones profanas guían la sensibilidad de José Luis Martínez S. tanto como su intuición: lo extraordinario en lo ordinario, el significante revelador que surge en cualquier humilde significado.

Este recuento del guardián de la memoria periodística es, asimismo, la suma de las pérdidas sufridas, el detalle de una impredecible y debilitante transformación que va cercando al periodismo y a sus bienes básicos, apenas hace poco de primera necesidad cultural.

—Ya nada es igual —escribe José Luis Martínez S. en un texto críticamente entrañable dedicado a la memoria del periodista Jorge Luis Espinosa—. En casi todos los diarios y revistas cada vez son menos los espacios para las entrevistas, las crónicas o los reportajes de gran aliento, cuando lo importante son el diseño y las fotos y los entresacados y los sumarios y las numeralias y las infografías y

todas esas cosas bonitas pero tantas veces insustanciales, pensadas para los pasahojas y no para los lectores.

En ese perentorio “ya nada es igual”, José Luis Martínez S. consigna un fenómeno determinante pero hasta ahora desatendido como un indicador de la barbarización mexicana: la desaparición de las secciones y la liquidación de muchos suplementos culturales en casi todos los principales diarios nacionales, “por razones no periodísticas sino económicas”. El *homo videns* va hegemonizando el medio por excelencia que hasta hace menos de una década fue del ahora acosado *homo sapiens*, del lector cada vez más combatido.

El segundo apartado de este libro, “Entre libros y autores”, agrupa las señas de identidad literarias de José Luis Martínez S. a través de libros y escritores definitivos: Jorge Semprún, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Gabriel García Márquez, Juan García Ponce, Francisco Cervantes, José de la Colina, Jaime Sabines, Eduardo Lizalde, Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar o Juan Gelman, de la misma manera que atiende la obra de autores más jóvenes como Iván Ríos Gascón, Ana Clavel o Adriana Malvido, de autores dedicados a disciplinas humanísticas como Clementina Díaz y de Ovando o Eugenia Meyer, y aun de autoras de literatura popular como Corín Tellado, una muestra más del ecumenismo poliédrico, de la iconoclastia y por ello múltiple mirada del voraz cartujo: “El conocimiento y la comprensión —escribe en uno de sus textos—, ahí está el principio de la amistad y del amor”. Sí, sólo se ama lo que se aprehende, lo que se lee atentamente, lo que se vuelve personal al conocerse bien.

En este orgullo borgiano de ser lector antes que escritor, José Luis Martínez S. advierte, de pronto y como al pasar, un pendiente escritural: su obra literaria propia, pospuesta en la brega periodística u ocultada quizá con pudorosa discreción. Empero, *El Santo Oficio* es alta literatura pues alumbrá aquellas zonas del ser, así sea a partir de la obra de otros, que van mostrándose como un espíritu de la época donde se mezclan el

crítico y el autor, el lector y la lectura, la admiración ante ella y su apropiamiento analítico. Es decir, la acción de la escritura.

La tercera parte del libro dedicada a la cultura popular contiene una de las pasiones de José Luis Martínez S., la música y sus hacedores, en un ancho abanico donde caben desde Chavela Vargas hasta Kurt Cobain, desde Bob Dylan hasta Frank Sinatra, reiterando con ello otra convicción incuestionable que abona la educación sentimental del autor: sin la música la vida sería un error. Están también artistas plásticos y cómicos vernáculos, películas eternas y seductores míticos, amantes célebres y taconazos encendidos. Están la noche y el antro, la tertulia de cantina y el viático de la amistad. La anécdota meritoria, la picardía mexicana, el tabernario impar. Y su denominación es polifonía: las voces múltiples del existir.

Tuve el privilegio de publicar en el suplemento cultural *Dominical* del ahora extinto *El Nacional*, durante un corto pero intenso verano de la energía periodística creativa, varios de los textos de *El Santo Oficio*. Al leerlos ahora en esta selección afortunada confirmo que la urdimbre de nuestro tiempo cultural, político y social se conserva en las páginas de José Luis Martínez S., un custodio, como querría Canetti, de las metamorfosis humanas.

El presente del pasado, acaso nuestro único atisbo del presente del futuro, alienta hoy en este presente del presente agustiniano. Presente en la doble acepción del término: un obsequio inesperado, una constancia vital. Bendito sea este monje cartujo de la memoria y de la prosa exacta: sus muchos más de cinco lectores se lo agradecemos porque su paisaje de la época es una magnífica plegaria cultural e ilustrada que alivia de la precariedad actual. Vivir no es necesario; leer, escribir, recordar y reconocer lo que se vive sí. Entonces, José Luis Martínez S. es necesario.

Fernando Solana Olivares

Presentación

Los textos reunidos en este libro no buscan sino prolongar una conversación iniciada en 1986 en el periódico *Ovaciones* con la columna "El Santo Oficio". Escritos bajo la presión del tiempo y el espacio, la mayoría son apuntes, impresiones, comentarios al vuelo de asuntos coyunturales: la concesión de un premio, la aparición de un libro, el aniversario o el deceso de algún personaje del periodismo, la cultura o el espectáculo.

Son un muestrario de intereses y obsesiones. Una de ellas, el gusto por la anécdota, género por lo regular ausente en los tratados o ensayos eruditos, y sin embargo tan revelador del carácter de sus protagonistas.

A lo largo de 26 años, "El Santo Oficio" se ha publicado en diversos diarios, suplementos, revistas y agencias de noticias de la ciudad de México. Es una columna peregrina. Un espacio habitado por un personaje extraño: el cartujo.

Renuente a seguir los dictados de una orden donde se privilegian el silencio y la medida, se dirige siempre a cinco lectores. Tal vez no llegue a tantos, pero al escribir piensa en ellos, los imagina alrededor de una mesa o una fogata, en una de esas conversaciones largas donde se habla de todo, se discute de todo y no se llega a ninguna parte. El placer no está en imponer un punto de vista, sino en platicar, en ir y venir por los asuntos más diversos, en cambiar súbitamente de tema, en navegar por el mar de la amistad, nunca exento de alegría ni mucho menos de pasión.

En ese mar se encuentran Fernando Solana Olivares, Armando González Torres y Braulio Peralta, quienes acompañan

este volumen con textos generosos. Están también Iván Ríos Gascón y Roberto Pliego, cuyas observaciones contribuyeron a darle forma a este proyecto. A ellos, mi gratitud y cariño.

“El Santo Oficio”, como se ha mencionado, ha transitado por diversos medios. Las columnas aquí reunidas proceden de las revistas *etcétera* y *Milenio Semanal*, cuya hospitalidad reconozco; en ellas he disfrutado no sólo de la libertad indispensable para un periodista sino también de la amistad y paciencia de sus editores.

En esta selección se ha privilegiado el entusiasmo por los personajes y temas abordados, sin desdeñar la crítica cuando es necesario. Ojalá sea del interés de, cuando menos, los cinco imaginarios lectores de “El Santo Oficio”.

José Luis Martínez S.

**PERIODISMO:
LA TINTA Y LA IMAGEN**

LA TINTA

Renato Leduc: el hombre del traje gris

Hablar de Renato Leduc es darle coscorrónes a la solemnidad y a la tristeza. También a la nostalgia y a la melancolía. Cómo alojar tales sentimientos cuando Renato es presencia constante en la vida del humilde monje, a quien tantas veces deslumbró con su charla, siempre salpicada de nombres y anécdotas, de historias asombrosas y frases tan risueñas como contundentes.

Lo conoció en las oficinas de la revista *Su Otro Yo*, ubicadas en Bucareli 18, frente a la fachada posterior de *Excélsior*, donde cada madrugada es verbena y los voceadores decoran la calle con sus bicicletas y bultos de periódicos recién salidos de las rotativas; donde incontables puestos de alimentos prodigan aromas inauditos y el bullicio devuelve al paradigma de Babel.

Don Renato llegaba a descansar o a visitar a su amigo Vicente Ortega Colunga, director de *Su Otro Yo*. Casi siempre iba de traje gris, zapatos negros y camisa blanca abotonada hasta el cuello; llegaba preguntando por Colungón, con quien solía comer con cierta regularidad.

A veces se sentaba en un equipal para dormitar mientras don Vicente despachaba tareas pendientes y algunas otras solía platicar con los reporteros y editores, la mayoría recién egresados o todavía estudiantes de la universidad.

En sus conversaciones, rodeados de privilegiados testigos, Vicente preguntaba y Renato respondía con una historia insólita.

“Las tenemos numeradas”, comentaba Ortega, con una sonrisa grande, al referirse a las anécdotas de Leduc, y en ocasiones en vez del clásico “¿Te acuerdas...?”; decía: “Renato, cuéntales

la número nueve". Y éste, después de decirle "Negro cabrón" y esbozar una sonrisa, comenzaba el relato, por ejemplo, de cuando había visto a Victoriano Huerta echarse un refilonazo en un almacén de ultramarinos llamado El Puerto de Santander, festejando con algunos incondicionales su ascenso de coronel a general; lo recordaba bien: indio, medio cacarizo, vestido de civil con un sombrero café.

La charla se iba en cualquier dirección, menos hacia el tedio o la monotonía. Y con los alimentos y bebidas llegaban nuevos episodios, nuevas sorpresas, y don Renato hablaba de sus correrías infantiles en la Villa de Guadalupe, donde una maestra de párvulos le dio el primer beso de su vida.

Ella era —decía— la viva imagen de la ternura, y en la revista *Interviú* escribió: "La señorita Luz Cadena debe estar en el cielo formando parte del coro de las once mil vírgenes, si es que hay cielo, y si es que era virgen".

Siempre encontraba ocasión para huir de la sensiblería; nunca existieron el recato ni el recelo en sus palabras y el humilde trapense comparte la opinión de Ángeles Mastretta cuando llama a Leduc un santo extravagante, "con la santidad del que no cree en nada, ni en él mismo. Don Renato estaba convencido de haber vivido varias vidas, todas ellas diferentes y sin relación posible".

Quizá por eso su plática era como un laberinto con numerosas entradas y salidas donde, de pronto, surgía la imagen del temeroso adolescente penetrando en el callejón de La Amargura para descubrir el amor mercenario o la del joven telegrafista perteneciente a las fuerzas de Pancho Villa; la del estudiante de la Escuela de Jurisprudencia, amigo de Elvira Vargas, Adolfo López Mateos y Miguel Alemán, o la del empleado en la legación de la Secretaría de Hacienda en París, donde no sólo conoció muchachas de mala conducta sino también a André Bretón, Benjamin Péret, Leonor Fini, Picasso.

En la calle Renato Leduc era feliz, caminaba mucho y en todas partes escuchaba saludos, frases cariñosas. Respondía de igual manera. Nunca tenía prisa y le gustaba la gente del pueblo.

Sus comadres eran vendedoras de periódicos y fritangueras con quienes organizaba un singular concurso en su departamento de Artes 10, donde vivió con Leonora Carrington, su esposa entre 1941 y 1943. El día del concurso cada una de las participantes preparaba la salsa de su especialidad, los invitados las iban degustando y al final coronaban como reina del chile a la autora de la más sabrosa.

A finales de los setenta, la edad comenzaba a pesarle y su vista se deterioraba cada vez más. Jorge Díaz Serrano, director de Pemex y su amigo desde muchos años atrás, le regaló un aparato para facilitarle la lectura y en vez de escribirlos en su vieja máquina, comenzó a dictar sus artículos.

"Hay que cuidar a Renato", exigía don Vicente a los encargados de revisar y corregir sus textos.

En el libro *Cuando éramos menos*, donde se reúnen las columnas publicadas en *Interviú*, don Renato escribió sobre esos años de fatiga sin perder su habitual sentido del humor: "Una existencia tan prolongada como la mía... es altamente peligrosa o, si se prefiere, molesta. El hombre se reblandece. Será el colesterol, será el azúcar, será la arterioesclerosis o el simple agotamiento, pero es el caso que el hombre se reblandece". También los poemas publicados en esa época hablan de los achaques de la vejez con ironía y coraje, nunca con tristeza.

A pesar de todos sus problemas físicos no dejaba de asistir de vez en cuando a la oficina de Bucareli 18, a saludar, a descansar, a platicar.

Recordaba a Jorge Piñó Sandoval, su maestro en el periodismo; hablaba de sus amigos José Alvarado, José Pagés Llergo, el brigadier Arias Bernal... Y muy a su manera lamentaba la decadencia de un oficio con frecuencia refugio de quienes han fracasado en algún otro y auguraba la desaparición de los reporteros ante la proliferación de las oficinas de prensa, inagotables surtidoras de boletines para reporteros con vocación de mecanógrafos.

La amistad, el periodismo y los toros estuvieron entre las grandes pasiones de don Renato. En la Plaza México era una

institución y su presencia, como la de Ortega Colunga, insoslayable en la temporada grande.

Rodolfo Gaona, Joaquín Rodríguez *Cagancho*, Luis Miguel Dominguín, Pepe Ortiz, Pepe Luis Vázquez, Silverio Pérez, Manolo Martínez fueron sus toreros favoritos; admiraba su valor pero, sobre todo, la manera como derrochaban arte en la arena. En cambio, nunca fue partidario de Manuel Rodríguez *Manolete*, cuya fama atribuía sólo a un excelente manejo publicitario, ni de Eloy Cavazos, el torero predilecto de los villamelones.

Nunca aceptó la etiqueta de intelectual, éstos le parecían terriblemente aburridos y tediosos. Tampoco se asumía como poeta y mucho menos como bohemio, a quienes asociaba con la holganza y él —decía— siempre había trabajado.

En todo caso, se consideraba un “golfo”: “Pues he vivido a mi aire y no he tenido más frenos que los que yo me he impuesto; por otro lado, no he dejado de hacer cosas por el simple hecho de cuidar una chamba ni me he inclinado ante jefecitos déspotas e intolerantes”.

Renato Leduc nació el 16 de noviembre de 1897 en el entonces pueblo de Tlalpan y murió el 1 de octubre de 1986. En el cielo o el infierno, se la estará pasando en grande con sus amigos de la División Panzer: Vicente Ortega Colunga, Pedro Ocampo Ramírez y Pepe Alvarado, en quienes seguramente estaba pensando cuando escribió:

Y nos vamos de este mundo
Con moderado dolor.
Este mundo ya es inmundo
A ver si el otro es mejor.

Las cejas de Pepe Alvarado

El cartujo apaga la luz y escucha murmullos de otros tiempos, historias, anécdotas y recuerdos de lugares y personajes cuyo anacronismo los vuelve acaso más entrañables; fueron únicos y, bien lo sabe, a diferencia de las oscuras golondrinas ellos no volverán.

En una mañana de sorpresas y coincidencias el trapense se reunió con Patricia Leduc y Luisa Gómez Pombo, quienes, en la Segunda Colonia del Periodista, vivieron su infancia entre personajes como Efraín Huerta, Arturo Sotomayor, José Alvarado, Antonio Arias Bernal y tantos otros amigos de sus padres, Renato Leduc y Rosendo Gómez Lorenzo.

Patricia recordó las reuniones en la casa del brigadier Antonio Arias Bernal: tumultuosas, prolongadas, festivas, y la tarde aquella cuando ella era la única niña en una mesa llena de leyendas del periodismo y la literatura en el restaurante 1-2-3 donde, por cierto, comenzó a escribirse la historia de la revista *Siempre!*

Muchas otras evocaciones, muchos otros nombres aparecieron ese día tranquilo y luminoso, con el trapense atento y codicioso de los recuerdos de esos tiempos cuando éramos menos, como decía Renato, el *Gran Jefe Pluma Blanca*.

—Fue una mañana de nostalgias sin tristeza, de memoranzas como aquella de Luisa cuando una reportera, ¿búlgara?, en una cena de intelectuales le coqueteaba con descaro a su papá enfrente de ella, una niña incapaz de advertir en los celos el motivo del dolor y el coraje por esa situación.

No pudo contenerse y comenzó a llorar. Don Rosendo le preguntó la causa de su llanto, y al no encontrar respuesta repasó a los invitados y le preguntó: “¿Te asustaron las cejas de Pepe Alvarado, verdad?” Alvarado tenía ciertamente cejas de azotador, pero con su bondad y alegría era incapaz de asustar a nadie.

Juan Rejano: melancolía y rumores

El primer suplemento cultural creado por Fernando Benítez no lo dirigió él sino Juan Rejano.

Como director del diario *El Nacional*, en 1947 Benítez le encargó al poeta, con amplia experiencia como periodista en su natal España, la dirección de la dominical *Revista Mexicana de Cultura*, donde coincidieron los mejores escritores del exilio español con sus pares mexicanos.

En el centenario de Rejano (nació en Puente Genil, Córdoba, el 20 de octubre de 1903), el cofrade lo piensa amable y enérgico, comprensivo y riguroso con los jóvenes, ameno como sus "Cuadernillos de señales", la columna donde abordaba los más diversos temas. No lo trató personalmente pero conoce su historia y a varios de sus discípulos, sobre todo a aquellos de su segunda etapa en *El Nacional* (la primera duró hasta 1957 y la segunda de 1969 a 1976), entre ellos a Alberto Dallal, Dionicio Morales, Manuel Blanco, Humberto Musacchio, Gerardo de la Torre y Macario Matus.

Juan Rejano llegó a México con la diáspora del exilio español en 1939 y siempre deseó volver a su patria, pero cuando preparaba su retorno, en julio de 1976, murió en la ciudad de México.

Autor de poemarios como *Memoria en llamas*, fue visto por Pablo Neruda como un poeta "lleno de melancolía y de rumores" y sus discípulos y amigos lo evocan como un hombre leal y bondadoso.

En su *Sala de retratos*, Ermilo Abreu Gómez lo describe: "Tiene perfil de gitano. Pero sabe mirar de frente como los buenos.

Su voz es quebrada, igual a la voz de la gente enardecida. Luce piel de moro que es también piel de categoría ibérica”.

Más adelante, al hablar de la manera como asumía su oficio de poeta, afirma:

Juan Rejano tiene una actitud negativa y enérgica contra la poesía que es cosa de eunucos, de turbios o de dormidos; contra la poesía que es agua de noria muerta o de agua de estanque sin vertederos; o cielo puesto en espejo; o monte en telón de teatro; o bosque en patio acotado; o pecado infecundo o virtud estéril o camino sin fin; o vuelo sin partida.

Y porque así es Rejano y porque así es la poesía que maneja y guarda entre las manos, lo queremos como lo queremos y lo imaginamos como lo imaginamos.

Así fue también como periodista, un hombre íntegro, desdeñoso de los *castrati* incapaces de afrontar su oficio con valor y dignidad.

Un profesor llamado Fernando Benítez

Fundador de los suplementos culturales en México, autor, entre otros libros, de la monumental serie *Los indios de México*, Fernando Benítez era un profesor implacable.

Sus discípulos de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM rememoran su elegancia y voz enérgica, la manera como los iba adentrando en un oficio donde él estaba entre los mejores —nunca se consideró antropólogo, historiador o literato, sino periodista—, haciéndolos sentir el ritmo y la vida de una redacción, gritando “¡Hueso! ¡Hueso!” mientras ellos escribían algún ejercicio y él paseaba entre las bancas.

“Hueso” es una expresión desconocida para los nuevos periodistas, se refería al ayudante de redacción encargado de suministrar cuartillas a los reporteros, de estar al tanto de los despachos —*cables*— de agencias y corresponsales, de tomar recados telefónicos, de ir por tortas y refrescos y de muchas otras actividades. Cuando un editor o reportero necesitaba algo, simplemente gritaba “¡Hueso!” y éste, casi siempre, o aparecía de inmediato o se llevaba un regaño y una buena cantidad de insultos.

Un día —cuenta uno de sus alumnos— Benítez comenzó su curso explicando la nota informativa; un muchacho levantó la mano para enmendarle la plana: “No, profesor. Este semestre nos toca reportaje”.

“¡Ah!, así que en este grupo ya dominan la nota informativa”, comentó el maestro con ironía. Se hizo un silencio absoluto. Don Fernando se acomodó los lentes y continuó:

La nota informativa es la materia prima del periodismo. De ella surgen los otros géneros periodísticos. Debe ser así: lo más importante arriba, lo menos importante abajo. ¿Alguna duda?... Lo demás consiste en jerarquizar los detalles. Tienen que contar qué pasa. Y para eso escriban lo que dice Rudyard Kipling: "Tengo cinco honrados servidores/ que siempre me sirven bien/ y me enseñan lo que sé/ se llaman: qué, cuándo, quién/ dónde y cómo".

En esta época de disparates y confusiones se extraña a los maestros, a los periodistas como Fernando Benítez, exigentes y con el humor como navaja de afeitar.

Francisco Martínez de la Vega: ni aburrido ni triste

Primero maestro de la crónica deportiva, después ejemplar comentarista político, Francisco Martínez de la Vega murió el 18 de febrero de 1985.

Don Paco —como le llamaban todos— merece todos los recuerdos, por su valor y humanismo, por su ingenio y sentido del humor.

“No es aburrido ni triste”, dijo alguna vez Manuel Buendía al escribir sobre él, y esa imagen perdura: la de un hombre dichoso, fogueado en los placeres de la amistad, como bien lo sabían sus compañeros del Ateneo de Angangueo, irreverente agrupación dispuesta a mostrar, en los años ochenta, la indignancia de los grandes —con comillas, por favor— políticos y empresarios de este país en reuniones tan informales como divertidas —para los *ateneístas*, no siempre para sus invitados.

Don Paco fue un apasionado del fútbol. Con el sobrenombre de Pioquinto escribió en *El Nacional* crónicas espléndidas en los treinta, previniendo a los villamelones de todos los tiempos para no echar las campanas al vuelo en la victoria ni rasgarse las vestiduras en la derrota.

“Mala borrachera es la del fútbol, hemos dicho otras veces, y será juicioso recordarlo ahora”, escribió el 16 de agosto de 1937 cuando la Selección Nacional goleó 5-2 al Barcelona. Tenía razón, unos meses después, el 29 de noviembre, la selección vasca derrotó al equipo mexicano 4-1, y entonces nuevamente don Paco demostró su sensatez en un análisis detallado y riguroso del partido.

Pocas columnas hay en el periodismo cultural mexicano tan entrañables como “El Santo Oficio”, de José Luis Martínez S. El autor ha hecho de ella su casa escritural a través de su álgido o desdoblamiento intrépido, pero también subversivo: el cartujo, que no debiendo hablar, habla, o mejor: escribe. Creación literaria al fin, el cartujo es un personaje visitador de nuestro variopinto ámbito cultural.

El Santo Oficio. Periodismo, literatura y cultura popular reúne parte del material publicado por José Luis Martínez S. Tratándose de textos breves, no demeritan su cortedad la sobriedad y la eficacia de síntesis del escritor. El estilo chispeante con el que construye retratos memoriosos y transmite hechos de lo que, queriéndose fugar, avizora ya su meta hacia lo mítico de nuestra cultura.

Braulio Peralta

Construidas con la naturalidad de la conversación, la autoridad moral del testigo y la curiosidad e ironía del buen lector, las estampas de periodismo, literatura y cultura popular de este autor forman uno de los registros más gozosos del acontecer cultural de México. ¿Qué encuentra el lector del cartujo, ese monje disoluto que agota la noche urbana y se empeña en lecturas dispersas y poco pías? Por un lado, evocaciones de una etapa dorada del periodismo con sus figuras pintorescas y ejemplares; por otro, finas viñetas literarias o sentidos obituarios que sugieren rutas de lectura y comparten la delectación con una obra o la amistad con un autor y, finalmente, vistazos a las más diversas manifestaciones del arte y el espectáculo que amplían el registro de la cultura y muestran la apertura intelectual y vital de este enclaustrado.

Armando González Torres



CONACULTA

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES

ISBN: 978-607-516-201-0



9 786075 162010